

POR QUÉ LUCHARON A NUESTRO LADO LOS MUSULMANES MARROQUÍES

Uno de los espectáculos que más viva sorpresa produjo en el ánimo del observador medianamente curioso al contemplar la victoriosa marcha del Ejército liberador en su reconquista de la España sovietizada, fué el movimiento de adhesión, fulminante desde un principio, fervorosa, entusiasta y sostenida, que a nuestro Ejército y a nuestra Causa prestaron las huestes coloniales musulmanas, es decir, los soldados de nuestra Zona marroquí, vulgarmente llamados «Regulares». ¿Cómo explicar tal adhesión? ¿Qué lazos de hermandad espiritual, qué intereses comunes, políticos, sociales o económicos, los unen con nosotros y con nuestra causa? La modesta soldada con que se les pagaba su servicio sería ridículo aducirla como estímulo decisivo, pues no alcanza ni a la mitad siquiera de la que el Gobierno rojo pagaba a sus milicianos, los cuales, además, creían luchar en pro de sus reivindicaciones sociales. Es, por otra parte, insuficiente a todas luces el pago de tal soldada para impulsar a un hombre al sacrificio de su vida, fuera de su hogar, patria y familia, con el coraje intrépido y la abnegación de que dieron muestras los Regulares desde el principio de la campaña. Motivos políticos, tampoco parece que puedan invocarse. El interés máximo de un pueblo sometido por otro al régimen de protectorado, de colonia o de mandato es, naturalmente, el reivindicar su plena autonomía e independencia política. De hecho, el pueblo marroquí ha luchado constantemente por conquistarla, y la memoria de esa lucha no ha podido borrarse de su espíritu, porque todavía es de ayer. El ejemplo de sus correligionarios de la Zona

francesa debía, además, contribuir a intensificar esos anhelos de independencia: una propaganda, extensa e intensa, en pro del nacionalismo mina, hace años, a la población mora de la Zona francesa. Nadie ignora que al marxismo internacional, y más concretamente al bolchevismo, se debe atribuir la alta dirección de esa propaganda en todos los países islámicos, colonizados o protegidos por naciones europeas. Todos los Gobiernos franceses, durante estos últimos años, se han preocupado hondamente de tamaño peligro y han procurado ponerle coto, aunque con mediano éxito. Los tentáculos de esa propaganda bolchevique han hecho también presa en nuestra Zona, sobre todo desde la proclamación de la República. Con asombro y enojo hemos podido ver en los últimos años cómo diputados y hasta ministros, republicanos o marxistas, han puesto al servicio de esa propaganda antiespañola su palabra en el mitin y en la prensa, y su influencia política desde Madrid, en favor de algunos revoltosos marroquíes de nuestra Zona. Pero tampoco estos ideales de independencia han sido capaces de conmover a la masa musulmana de nuestros protegidos lanzándolos a la insurrección, ni siquiera en los momentos de baraúnda caótica, tan propicios a todo movimiento secesionista. Se dirá quizá que la política más suave y benévola de nuestras autoridades militares para con los indígenas ha contrarrestado los nocivos efectos de aquella propaganda. De hecho, hay que reconocerlo, el marroquí de nuestra Zona es mejor tratado que el de la francesa, y, automáticamente, responde con una mayor simpatía a tal diferencia de trato. Pero tampoco esta diferencia puede explicar del todo el fenómeno que analizamos: bastaría, sí, para haber logrado que los musulmanes de nuestra Zona hubieran permanecido callados y sumisos, al margen de la lucha entablada; pero en modo alguno sería razón suficiente para explicar su entusiasta y activa adhesión a nuestra causa, alistándose como soldados de choque en nuestras filas, en vez de sublevarse para lograr su independencia o de alistarse en las filas marxistas a favor del Gobierno rojo. Tentativas en este último sentido no dejaron de hacerse: un vulgar truchimán, llamado Cerdeira, cuya competencia dentro del Cuerpo de nuestros intérpretes era muy discutible, no vaciló en servir de instrumento para soliviantar a las cabilas,

derramando entre ellas el dinero a manos llenas y ofreciéndoles todas las halagüeñas, aunque falaces, perspectivas de mejora política, social y económica, que el marxismo ruso propone como señuelo para caza de incautos, seduciendo así las mentalidades irreflexivas del vulgo. Pero todo ello fué inútil; los estímulos conscientes que normalmente mueven la psicología humana —el interés económico, el ansia de mejora social, el anhelo de independencia política— han resultado ineficaces. Habrá que recurrir, pues, a otros motivos inconscientes o subconscientes, de índole espiritual, que son los que a menudo arrastran al hombre en dirección contraria a la que le dicta su interés.

¿Cuáles podrían ser, en nuestro caso, esos motivos? Difícil es sorprender en lo íntimo de una conciencia móviles de esa índole, que al mismo sujeto escapan a menudo. Mucho más difícil cuando se trata de una colectividad, cuya psicología total no equivale siempre a la suma de la de cada uno de los individuos que la integran. Hemos de proceder, pues, por adivinación aproximativa, mediante tanteos e hipótesis verosímiles. Ensayemos alguna de las más obvias.

La afinidad de raza ha sido invocada a menudo y casi es un tópico vulgar. Ocho siglos de convivencia, guerrera y pacífica, entre musulmanes y cristianos dentro de un mismo territorio producen, por fuerza, no sólo intercambios culturales, sino también mixturas étnicas por enlaces matrimoniales. A la solera hispano-romana y visigoda mezcláronse así los ingredientes físicos y espirituales de las razas árabe y berberisca, a las que pertenecía el conquistador musulmán y a las que pertenece también el pueblo marroquí de nuestra Zorra; y más tarde, cuando en los siglos XVI y XVII fueron expulsados de nuestra patria los moriscos, instaláronse en buena parte en tierras marroquíes, acentuando así las analogías étnicas existentes ya entre la masa indígena y la española. Pero, como se ve, no cabe hablar estrictamente de comunidad de raza; la raza pura es un mito, en tierras, como España, que han sido pobladas, invadidas, colonizadas o conquistadas por pueblos y razas tan heterogéneas, a través de su larga historia. Aun suponiendo que a cada estirpe étnica correspondiese una mentalidad singular y una psicología privativa, sus notas características ahogaríanse por confusión con los rasgos

de las otras razas con las cuales aquéllas se mezclara. No es, pues, la influencia racial, aun en los casos más típicos, tan operante como se cree sobre la mentalidad de un pueblo. Individuos y sociedades deben, mucho más que a la herencia étnica, a la tradición de las culturas en que se han educado, las notas distintivas de su ideología y carácter. Cabe así que pueblos afines en raza discrepen radicalmente en carácter y en ideología. Y viceversa: que pueblos étnicamente heterogéneos comulguen en idénticos ideales éticos y religiosos, que son los que más honda huella dejan en el carácter. A eso cabalmente obedece en nuestro caso el divorcio tan profundo entre las dos huestes en lucha, la marxista y la católica, a pesar de pertenecer ambos contendientes a una misma raza española; y, en cambio, a ello obedece también la adhesión tan íntima y cordial, hecha de sentimientos y de convicciones comunes, de nuestros Regulares hacia el Ejército de la auténtica España. Es que los ideales supremos de esta España tradicional —religión, familia y propiedad— son el polo opuesto de los del programa bolchevique —ateísmo e irreligión, amor libre y comunismo—. Y esta misma antítesis de ideales irreductibles es la que divorció también a los Regulares marroquíes de los milicianos marxistas y los unió a nuestro Ejército y a nuestro pueblo con lazos de la más estrecha afinidad. No es, pues, tanto un problema de razas, cuanto de culturas, el que se planteó en la lucha ventilada en el suelo español: enfrente de la cultura occidental, saturada de espiritualidad cristiana, a la que debe su primordial origen, alzóse la utopía soviética, preñada de materialismo y de irreligión.

Pero se dirá, quizá: ¿cómo cabe fundar la adhesión de los marroquíes a nuestra causa en esa supuesta afinidad ideológica de su cultura con la occidental, europea y cristiana? ¿No es, por ventura, un tópico bien arraigado en el alma española la enemiga secular entre moros y cristianos?

Confesamos sinceramente que es bien difícil reaccionar con éxito contra este prejuicio multisecular, heredado de nuestras luchas medievales con el Islam y recrudecido en los siglos XVI y XVII por el odio, tan justificado, contra la piratería del Turco en el Mediterráneo. Imposible borrar de las páginas de nuestra historia y de nuestra literatura esa antítesis, que se ha hecho

proverbial, entre la cruz y la media luna. Sin embargo, hoy que con el transcurso de los siglos se ha podido enfriar ya el fervor pasional de aquellos odios inveterados y permitir la investigación serena y objetiva de los hechos culturales, latentes bajo la historia externa de las gestas guerreras, cabe afirmar sin asomo de paradoja que el Islam en general, y más concretamente el español, del que es hermano legítimo el marroquí, ofrece afinidades muy estrechas con la cultura occidental y, sobre todo, con la civilización cristiana española. Vémoslo someramente.

De todos los elementos que integran una cultura, el exponente más alto es la religión. Ella está por encima de la ciencia, de la técnica y del arte, porque su influjo sobre la mentalidad y el carácter de los individuos y de los grupos sociales penetra hasta el fondo del alma entera, haciéndole gustar, si la religión merece tal nombre por su perfección dogmática y moral, las emociones más puras y aspirar a los más sublimes ideales y practicar las acciones más generosas que la humanidad puede concebir. Ahora bien, el Islam no es, como el vulgo indocto supone, una superstición idolátrica en cuanto al dogma, ni un grosero sensualismo en cuanto a la moral. Hijo, verdadero y real, aunque espúreo, del judaísmo y del cristianismo, su credo, su liturgia y su código ético deben a la revelación divina del Antiguo y del Nuevo Testamento la porción mayor y más típica de sus elementos integrantes. Un santo Padre de la Iglesia oriental, San Juan Damasceno, que lo conocía bien a fondo por haber sido ministro de un califa de Damasco, consideraba al islamismo como una simple herejía cristiana que niega la Trinidad y la Encarnación. Fuera de estos dos artículos de la fe católica, todo el resto de su teología dogmática y moral y una gran parte de las ceremonias de su culto son, en efecto, un calco, más o menos fiel, del credo y la liturgia cristiano-judaica.

En primer lugar, el Islam es monoteísta: la existencia de un solo Dios, personal y vivo, pero trascendente, infinito en su esencia y en sus atributos, eterno en su duración, que carece de principio y de fin, creador, ordenador y conservador del Universo, es el primer artículo de su credo, como lo es del nuestro, y es, además, una tesis dogmática que sus teólogos demuestran con los mismos argumentos filosóficos que nuestros escolásticos

emplearon, siglos después, basados en el orden y armonía del cosmos y en la necesidad de un primer motor inmóvil. Ser necesario o absoluto, uno y simplicísimo, está dotado, sin embargo, de atributos, sobreañadidos a su esencia, sin menoscabo de la simplicidad de ésta y como ella eternos. Uno de esos atributos es la omnipotencia, que se extiende a todas las cosas posibles, incluso a los actos humanos, así espontáneos como libres, pero sin que este influjo eficaz del divino poder sobre la actividad humana anule o amengüe la libertad y por ende la responsabilidad, condición *sine qua non* de toda moral. Frente, pues, al prejuicio vulgar que habla del fatalismo mahometano, el Islam, como el cristianismo, desata este nudo teológico con la hipótesis de un concurso simultáneo de dos causas, Dios y el hombre, para la realización de un mismo efecto, el acto humano, en forma muy parecida a la excogitada por Santo Tomás de Aquino. Igual paralelismo cabría establecer en cuanto a los demás atributos divinos, singularmente la sabiduría o providencia, la voluntad, la palabra, la misericordia y la justicia. Los problemas que plantean estos atributos en el orden dogmático y moral resuélvense por los teólogos ortodoxos del Islam, Algazel singularmente, con hipótesis análogas también a las ideadas por los teólogos cristianos, a cuyo análisis no podemos descender aquí.

Dígame otro tanto de la necesidad, posibilidad y realidad de la revelación divina, comunicada al hombre por boca de los profetas de la ley antigua y de la ley nueva, hasta llegar a Mahoma, sello definitivo de todos ellos. La coincidencia en este punto es también absoluta, salvo, claro está, en lo que atañe a esta última aserción: para el musulmán, todos los patriarcas y profetas hebreos, Abraham, Moisés, etc., merecen la misma fe que Jesús y San Juan Bautista, como mensajeros de Dios, cuya revelación es en el fondo una y la misma, sin más alteración que las accidentales exigidas por las circunstancias de lugar y de tiempo. Todos ellos han probado la verdad de su divina misión con el milagro y la profecía, señales infalibles de la intervención sobrenatural de Dios.

El contenido de esta revelación es también casi el mismo en ambas religiones: una y otra proponen al creyente la fe en una

vida futura, después de la resurrección de los muertos, y su juicio universal al fin de los tiempos, además del juicio particular, inmediato a la muerte. Cuatro son también los estados del alma en la vida futura, correspondientes a sus méritos o deméritos en la presente: infierno eterno, para los infieles positivos y pecadores impenitentes; cielo eterno, para los fieles justos; purgatorio temporal, para los fieles reos de faltas leves o graves, no borradas en cuanto a la pena por la penitencia; y limbo, estado intermedio entre el cielo y el infierno, para los niños que mueran antes del uso de razón y para los locos e imbeciles, exentos de mérito y demérito. La naturaleza de los castigos y premios en los tres primeros estados es también exactamente la misma en ambas teologías, cristiana e islámica: al lado y por encima de la remuneración del paraíso alcoránico, con sus alcázares y jardines, con sus banquetes y sus mancebos y huríes, que la teología islámica, por boca de sus más eminentes representantes, interpreta en un sentido espiritual y alegórico, el musulmán ortodoxo admite, como todo fiel cristiano, otro premio más sublime para los justos: la visión beatífica, es decir, la contemplación, goce y posesión por el amor, de la infinita hermosura de Dios. Nuestros teólogos hablan análogo lenguaje, cuando por encima de la que llaman «gloria accidental» del cielo ponen la visión beatífica, en que consiste la «gloria esencial» de los elegidos. Asimismo, la más terrible y dolorosa pena de los condenados consiste, no en el tormento del fuego, sino en la privación eterna de Dios, único objeto capaz de saciar al corazón humano. He aquí, pues, exactamente la misma diferencia que nuestra dogmática establece entre la *pena de daño* y la *pena de sentido*, que los teólogos musulmanes llaman, respectivamente, «dolor de la separación» y «dolor del fuego».

Este cuadro esquemático de típicas analogías entre la dogmática cristiana y la musulmana conserva toda su fuerza demostrativa, aun después de reconocer el valor que tienen las dos siguientes reservas, que no hay por qué escamotear o eludir. Es la primera, que difícilmente puede pretenderse que todos estos artículos del credo musulmán hayan de ser entendidos y profundizados por los simples fieles con la precisión teológica y los desarrollos de razonamiento con que los hemos expuesto, precisión y

desarrollos de que pende a menudo la analogía que ofrecen con nuestros dogmas. Pero tal dificultad se disipa al advertir que este mismo fenómeno se da también con los fieles de la iglesia cristiana: la mentalidad del vulgo —trátese del labriego castellano o del tosco soldado marroquí— no puede ni necesita razonar y analizar los dogmas, para que éstos influyan en su conducta; basta para ello la raíz de la fe, la adhesión sincera, ciega y humilde a las verdades reveladas, sin su demostración directa. Porque no es el espíritu crítico, que analiza y discute, resorte eficaz para la acción, sino frecuentemente lo contrario: freno que la paraliza. En cambio, la «fe del carbonero» es la que transporta más fácilmente las montañas y levanta las almas a las sublimes cimas de la santidad o a las heroicas decisiones del sacrificio y de la abnegación. Ahora bien, para el problema que aquí discutimos, esto es lo que interesa, pues basta y sobra con las analogías demostradas entre el fondo de nuestro credo y el del islámico, sin la demostración minuciosa de sus respectivos dogmas, para que unos y otros produzcan sus efectos en la conducta y creen así una estrecha hermandad espiritual entre las almas de los fieles que los profesan y ponen en obra.

La otra reserva es más obvia y ofrece, al parecer, una más grave dificultad. Frente a las muchas y típicas analogías expuestas, se levanta una discrepancia cardinal, que parece colocar al Islam en el polo opuesto del cristianismo: el Alcorán niega el misterio de la Encarnación y, por ende, la divinidad de Cristo. Así es, efectivamente. Pero no es el Alcorán la única fuente dogmática de los musulmanes: al lado de aquél, existe otra fuente revelada, la Tradición, constituída por un número copiosísimo de sentencias y relatos, más o menos auténticos, atribuidos a Mahoma y a los profetas de la ley antigua y nueva. Ahora bien, entre esos textos tradicionales, más de dos centenares he recogido yo en mis lecturas de libros ascéticos árabes, que ponen en labios de Jesús sentencias y consejos de la más alta espiritualidad y perfección moral o le atribuyen sublimes ejemplos de virtud heroica, sobre todo de castidad y de renuncia a los bienes mundanos. Los rasgos que de la persona de Jesús y de su doctrina trazan esas tradiciones musulmanas son todos de filiación evangélica o monástica. La figura de Cristo ofrece en ellas un sor-

prendente parecido con la del monje cristiano de la Tebaida, cubierto de harapos y consagrado a la oración, al ayuno y a la contemplación, pero, a la vez, aureolado con los más altos carismas de la profecía y del milagro. Si según esas tradiciones Jesús no es Dios ni hijo de Dios, es, en cambio, el modelo supremo de la santidad humana, además de ser profeta inspirado por Dios, el Mesías anunciado y el Verbo o Palabra de Dios.

El carácter sobrehumano de su ser, revélase además en su origen, pues su alma, creada como la de Adán inmediatamente por Dios, fué ya santa al nacer y perfecta por naturaleza y no por la gracia del Espíritu Santo, como lo son las de los otros justos; por eso, también, Jesús y su madre la Virgen María, virgen y madre a la vez para los musulmanes como para nosotros los cristianos, estuvieron, uno y otra, exentos del pecado original, común a todos los hombres. «Todos ellos —dice una de esas tradiciones—, con la sola excepción de Jesús y de su madre María, lloran al nacer. Es que el demonio les punza el corazón con un agudo dardo, en el momento de su entrada en este valle de lágrimas». Parece, pues, como si estas antiguas tradiciones islámicas hubieran sido introducidas con el propósito expreso de paliar en lo posible el alcance de las herejías nestoriana y monofisita, inspiradoras del Alcorán en su negación de la divinidad de Cristo. Ellas son, por lo menos, reflejo fiel del profundo respeto y del amor que su persona sacrosanta inspiró siempre a los musulmanes. Uno de los más grandes místicos del Islam español, cuya memoria es hoy venerada por los marroquíes, el murciano Ibn Arabi, atribuía su propia conversión a la vida religiosa a «la inspiración y guía del corazón de Jesús». Son éstas sus palabras textuales. Ellas vienen a disipar la extrañeza que al observador desprevenido le producía la imagen del Sagrado Corazón prendida al pecho de muchos de nuestros Regulares; no era tan sólo una rutinaria imitación de sus compañeros de armas, sino también supervivencia inconsciente de esa veneración religiosa que los musulmanes todos profesan a Jesucristo y a su madre la Virgen María; veneración que no se detiene ante la prohibición islámica del culto a las imágenes. Una estampa de la Virgen, que presidía una de las salas de un hospital de sangre, iba a ser descolgada, por no herir la susceptibilidad de los

moros allí hospitalizados, cuando uno de éstos rogó que la dejaran en su sitio, diciendo: «La Virgen ser buena para todos.» Véase, pues, cuán lejos estamos del odio satánico que nuestros marxistas profesaban a las personas augustas de nuestro Salvador y de su Madre María y a sus imágenes.

Con esto quedan del todo disipadas las dos salvedades o reservas que pudieran hacerse al cuadro de semejanzas dogmáticas entre el Islam y el Cristianismo. Y a la vez que con ellas se ha hecho bien palpable el parentesco religioso que nos une con los musulmanes que a nuestro lado lucharon contra el marxismo anticristiano y ateo, explícate también por contraste la hostilidad sin cuartel con que éste persigue sañudamente, en todos los países islámicos sometidos a su yugo, la fe religiosa. No lo ignoran los marroquíes, que por la prensa árabe de Egipto y Siria han podido seguir paso a paso en estos últimos años la lamentable historia de la propaganda atea y de las persecuciones desencadenadas por el gobierno de Moscú contra sus súbditos mahometanos de las varias repúblicas soviéticas, ya que para el bolchevismo la religión, toda religión positiva, y más aún la cristiana, y, por tanto, la islámica, su heredera, es «el opio del pueblo».

Pasemos ya a examinar, someramente también, los puntos de contacto que la vida religiosa de los marroquíes ofrece con la cristiana, en lo que atañe al culto. Aunque a primera vista tengan sus ceremonias mucho de exótico y de ajeno a las nuestras, bajo esas discrepantes apariencias, late su origen en gran parte cristiano. La oración ritual obligatoria, el ayuno durante el mes de *ramadán* y la limosna de precepto o *azaque* no son, en efecto, más que herencia directa de preceptos y prácticas eclesiásticas similares en la iglesia cristiana. Las cinco horas canónicas de la oración ritual islámica, distribuídas entre el día y la noche, equivalen *grosso modo* a las cinco que tenía también el oficio divino entre los monjes de Siria y Mesopotamia durante el siglo V de nuestra Era; y los actos que cada oración comprende —rezos, genuflexiones, postraciones—, precedidos de ablución y practicados en dirección a la Meca, tienen también su precedente y su modelo en ritos muy análogos de la plegaria judía y, sobre todo, de la cristiana monástica de Oriente. He

dicho «su modelo», de propósito, porque ya desde antes de Mahoma los árabes de Siria, Palestina y Mesopotamia habían sido catequizados por monjes, nestorianos y monofisitas, en la fe de un solo Dios creador y remunerador y en la práctica de la oración, ayuno y limosna. Los monasterios cristianos daban hospitalidad generosa a los viajeros, que, a la vez que el hospedaje y el alimento, encontraban allí el espectáculo ejemplar y sugere de la vida ascética y del culto cristiano de los monjes, a más de la catequesis oral de sus exhortaciones y homilias. El Alcorán no hizo más que dar valor oficial, digámoslo así, a aquellas creencias y prácticas que los árabes anteislámicos aprendieron en los cenobios cristianos. Dígase lo mismo del ayuno del *ramadán*, copia evidente de las austeras privaciones de la primitiva Cuaresma cristiana, y más todavía de los ejemplos de abstinencia y mortificación de los monjes. Nuestros Regulares lo practicaban con esmerpulosidad ejemplar, a pesar de ser mucho más duro que nuestro ayuno cuaresmal, y ni siquiera estando enfermos se excusaron de su cumplimiento. A igual origen se debe la ilicitud de las carnes mortecinas y de cerdo, el precepto de la limosna y la recomendación de la caridad, inspirados ambos en parábolas evangélicas; el uso de la fórmula «si Dios quiere» (*in sáa Allah*), que los musulmanes añaden siempre tras la afirmación de un hecho futuro y que equivale literalmente a la fórmula cristiana y tan española «si Dios quiere», copiada de la *Epístola* de Santiago; y, en fin, hasta la misma peregrinación a la Meca fué imitada por los musulmanes de las peregrinaciones que hacían los cristianos, desde antes de Mahoma, a Jerusalón y al Monte Sinaí.

Supervivencia subconsciente de estas deudas contraídas por el Islam primitivo con el monacato cristiano es el respeto cuasi religioso que hacia el monje y el fraile respiran la literatura ascética y la poesía árabes, en oriente y en occidente; respeto, que en la misma guerra santa se tradujo a veces por la prohibición de toda agresión contra las personas y bienes de los monjes; y respeto, en fin, que todavía hoy guardan a nuestros franciscanos los musulmanes de Marruecos. ¡Otro contraste más y bien significativo entre el Islam y el marxismo soviético, enemigo jurado de las órdenes religiosas!

El influjo del monacato cristiano tuvo todavía transcendencia más honda y extensa en la vida del Islam: de la esfera de los dogmas y preceptos de obligación trascendió a la de los consejos y prácticas de mera devoción, creando una doctrina espiritual, tanto ascética como mística, y una vida devota, tanto solitaria como cenobítica. Con sorpresa vivísima contempla el historiador el espectáculo insospechado que el Islam le ofrece con sus ermitaños y monjes, que siguen métodos y reglas de vida devota, exactamente iguales a los de los monjes y solitarios cristianos, con su noviciado y sus votos de pobreza y obediencia y consagrados a la contemplación o a la predicación apostólica o a la vida peregrinante. Hasta conventos de mujeres se conocieron en el Egipto musulmán, durante la Edad Media. Y aún sin traspasar los umbrales del claustro, los mismos seglares podían, y pueden hoy, hacer compatibles sus ocupaciones profanas con la perfección espiritual, profesando alguna de las varias reglas dictadas por santones insignes que fundaron verdaderas «órdenes terceras» o cofradías, análogas a las nuestras y tan florecientes hoy día, así en Marruecos como en las tierras de Oriente. Una de las más dignas de mención es la de los *sadilíes*, cuyo origen se remonta hasta el místico marroquí Abd al-Sallam ben Masis, famoso santón y jerife, cuya venerada tumba es, todavía hoy, objeto de fervoroso culto en el monte llamado Yebel Alam, en el corazón de la tribu montaraz de los Beni Arós, dentro de la zona de nuestro Protectorado, de la cual son oriundos no pocos de nuestros Regulares. Las romerías o peregrinaciones a su sepulcro son frecuentes, sobre todo en el día en que se conmemora su tránsito. Discípulos de este santón rifeño fueron varios escritores ascéticos y místicos, así andaluces como marroquíes, que desde el siglo XIII hasta el XV divulgaron a los dos lados del Estrecho las sutiles y altísimas ideas de su escuela, caracterizada por el amor de las tribulaciones y la renuncia a los carismas, a la manera de Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y toda la escuela carmelitana. Claro es que a la masa del pueblo marroquí no es de pensar que llegasen tan sublimes doctrinas. Tampoco abundan entre nosotros las almas que logran penetrar los abstrusos misterios del mundo de las gracias místicas, reservados siempre a un reducido número de espíritus

escogidos. Muy pocos de nuestros fieles son, en efecto, capaces de comprender, de sentir y de vivir las gracias de oración que un San Juan de la Cruz experimentó y explicó en su *Subida*, o las místicas moradas que la Santa extática de Ávila describió en sus libros; pero, en cambio, a todos los fieles llega el saludable influjo que la santidad de sus vidas ejerce como prototipo y modelo de virtud. Y un parecido influjo producen en la conducta de los musulmanes marroquíes los altos ejemplos de austeridad y devoción de esos santones a quienes rinden culto fervoroso. Toda la religión, en efecto, puede decirse que está cifrada hoy para lo marroquíes en ese culto. Más quizá que los preceptos del Islam pesan las prácticas de mera devoción que los cofrades de cada hermandad acostumbran a observar. Ahora bien, muchas de ellas tienen su abolengo cristiano y ofrecen por eso un sorprendente parecido con las nuestras.

Además de la oración litúrgica de precepto, cinco veces al día, el devoto acostumbra a rezar plegarias para pedir a Dios el auxilio en sus necesidades espirituales y temporales y acomodadas a las diversas circunstancias de la vida diaria. Así, por ejemplo, las plegarias al despertar y al acostarse, que comienzan con la fórmula tan cristiana «En tu nombre, Señor, me acuesto y en tu nombre me levanto». Contra la sequía pertinaz, una plegaria colectiva existe, igual que nuestras rogativas «ad petendam pluviam». Otra práctica devota es la lectura espiritual o meditada del Alcorán o de un libro piadoso, como el *Dalayl al-jayrat*, manual de devoción que está en las manos de todo marroquí, y que a menudo lleva éste encerrado en linda carterita, pendiente del hombro a la bandolera. Más usual es todavía la devoción de las jaculatorias que llaman *dikr* y que consiste en recitar, cierto número fijo de veces seguidas, algunas frases breves de alabanza a Dios, como *al-hamdu lillah* (¡gloria a Dios!), etc. A veces, este rezo equivale a nuestras letanías, pues se hace recitando los 99 nombres de Dios, cuya cuenta se lleva con un rosario semejante a los nuestros. Los cronistas de la actual guerra nos han pintado alguna vez y con vivos colores el extraño espectáculo que ofrecían nuestros soldados marroquíes cuando se lanzaban intrépidos al asalto de las posiciones ene-

migas, entonando al unísono alguna de esas letanías con las que imploran la ayuda del Dios de los ejércitos.

Esta enumeración de las prácticas devotas sería interminable. Desde la cuna hasta el sepulcro, la religión del Islam pone, como la nuestra, su sello en todos los momentos ordinarios o anormales de la vida. «¡En el nombre de Dios!» (*bismilláh*), es la frase con que el marroquí comienza toda obra y encabeza todo escrito, tal y como el cristiano, según el consejo de nuestro catecismo, debe iniciarla con el signo de la cruz. «¡Dios lo haya perdonado!» (*rahimahu Alláh*), es la jaculatoria de sufragio que acompaña en ambas religiones al nombre de todo fiel difunto. ¡*Alláhu aálamu!*!, exclama el marroquí para expresar su humilde ignorancia de lo futuro, como nosotros decimos «¡Sabe Dios!»». La resignación sumisa a los decretos divinos se traduce por la frase ¡*Ma sáa Allah kán!*!, paralela de nuestro «¡Sea lo que Dios quiera!»». Igual que nosotros decimos «¡Dios te ampare!» al mendigo, dícele el marroquí «¡*Alláh irahmek!*», que significa «Dios se compadezca de ti»; y esta misma fórmula se profiere cuando alguien estornuda, a semejanza de nuestro «¡Dios te asista!» La vida entera queda así matizada del sentimiento religioso, con la invocación, reflexiva o inconsciente, del nombre de Dios: reflexiva, cuando, por ejemplo, la comida en familia se la bendice, al modo de los cristianos, pronunciando la jaculatoria «En el nombre de Dios», o cuando con ella se cierra un trato importante, de compraventa o análogo; invocación, en cambio, inconsciente, cuando el pensamiento de Dios, por la rutina, late ya oculto en las frases familiares más usuales de saludo, de admiración, etc., análogas a las nuestras «¡a Dios!»; «¡con Dios!» para saludar, o «¡Dios mío!» para expresar extrañeza o maravilla. Reliquias de estas jaculatorias árabes inconscientes, han quedado en nuestro idioma, trasunto fiel de las que todavía usan hoy los musulmanes todos y, por tanto, los marroquíes: las interjecciones castellanas «¡hola!» u «¡olé!»», son transcripción exacta de la árabe «¡*wa Alláh!*», «¡por Dios», que expresa, como aquéllas, la extrañeza o sorpresa del sujeto. «¡*Ya Alláh!*», «¡oh Dios», repiten los marroquíes para iniciar o acelerar la marcha, como nosotros decimos «¡ala!», ¡ala!», con igual objeto. Y, en fin, la misma interjección cas-

tellana «¡ojalá!», con la que expresamos el vivo deseo y esperanza de que un suceso próspero se realice, no es más que un calco fiel de la interjección árabe «¡*wa sáa Allá!*», que significa, efectivamente, eso mismo: «¡Quiera Dios!». En todos estos casos, como se ve, la hermandad del marroquí y del español trasciende ya de la esfera del sentimiento religioso a la de su expresión lingüística: un mismo acto de esperanza en Dios o de otra emoción religiosa tradúcese con idénticas palabras en ambas lenguas, si bien proferidas con irreflexiva inconsciencia de su valor etimológico.

Contra este peligro de la rutina memorista a que están expuestas las plegarias vocales repetidas, los ascéticos musulmanes, como los cristianos, recomiendan a los simples fieles la atención y la devoción sensible en la oración, como única medicina eficaz. Porque las almas de vida espiritual más alta disponen de otros medios de perfección, superiores a la oración vocal y más eficaces para evitar la tibieza en el servicio de Dios. Estos medios o instrumentos más altos no dejarán tampoco de emplearlos —claro está— algunos devotos del vulgo indocto; pero su práctica es, en general, patrimonio privativo de una minoría selecta, lo mismo que ocurre entre nosotros. Me refiero principalmente a los ejercicios espirituales del examen de conciencia y de la meditación metódica. Dificilmente dará crédito el católico español a quien le diga que no faltan en Marruecos devotos musulmanes que practican el examen particular y cotidiano de conciencia, conforme al mismo método habitual entre nosotros: a la mañana, previsión de las ocasiones y peligros de pecado o defecto dominante, con propósito firme de evitarlo, y a la noche, antes de acostarse, examen escrupuloso de las faltas cometidas durante el día, seguido del acto de contrición, de la penitencia expiatoria y medicinal, impuestas al alma por el reo mismo, y del firme propósito de enmienda. Es más; para facilitar la estrecha cuenta de la noche y la vigilancia durante el día, los ascéticos musulmanes recomiendan el uso del pequeño rosario y del cuadernito de notas, que a sus penitentes acostumbran también recomendar algunos directores de conciencia, singularmente jesuitas, conforme al método de San Ignacio en sus *Ejercicios*. En uno de mis estudios, he demostrado, sin gran

esfuerzo, el origen cristiano y monástico oriental de esta práctica de devoción musulmana. Ocurre lo propio con la oración mental o meditación metódica, que los ascéticos musulmanes aconsejan hacer, siguiendo un plan muy análogo al ignaciano: todos los días, al levantarse, el devoto se recoge en su dormitorio para poner en actividad las tres potencias del alma sobre determinados puntos de meditación: los mandamientos de la ley de Dios, los pecados propios, los vicios y las virtudes, las obras de Dios, sus beneficios, sus atributos, etc. Sobre cualquiera de estos temas el entendimiento, primero, medita y pondera las ideas que lo integran, hasta lograr la convicción; ésta, una vez lograda, provoca en el alma un estado afectivo o emoción, la cual, a su vez, decide a la voluntad a proponerle conclusiones prácticas de bien obrar.

Cabría prolongar aún este paralelo entre las devociones islámicas y las cristianas, extendiéndolo a otros medios de perfección, como el ejercicio del retiro espiritual, el de la presencia de Dios, el de la oración de soledad o contemplación, el de la vigilia nocturna, el plan de vida o distribución de las horas del día y de la noche, etc. Todos ellos son demasiado conocidos de las almas piadosas, para que tengamos que explicar cómo se practican entre nosotros. Y por lo que atañe a su ejercicio respectivo entre los musulmanes devotos, el lector ha de fiar en mi palabra, al asegurarle que hasta en muchos rasgos particulares coinciden con sus modelos cristianos y monásticos, pues el demostrarlo puntualmente saldría ya de los estrechos límites de este trabajo.

Hasta aquí hemos comprobado el parentesco que con los musulmanes marroquíes nos une, en cuanto a las creencias, al culto y a las devociones. Pero ni la fe ni la liturgia lo son todo ni quizá lo principal en la religión. Antes bien, el efecto positivo que creencias y ritos produzcan en el carácter moral y en la conducta es el módulo que realmente mide el valor cultural de un sistema religioso. Es axiomático, según la doctrina evangélica, que la fe sin obras es muerta, y que por los frutos se conoce el árbol; pero también es indiscutible para el psicólogo que las ideas provocan emociones y éstas producen actos; por consiguiente, las ideas cristianas que el dogma musulmán

atesora habrán de traducirse en el alma del creyente por actos morales que en lo posible emularán la perfección de la moral evangélica para elevarse a las altas esferas de la ascética y aún de la mística cristianas. Los marroquíes piadosos medianamente cultos tienen, por eso, ideas exactamente iguales a las nuestras sobre los hábitos morales, el vicio y la virtud, el pecado, la tentación y la gracia, y emplean métodos semejantes también a los de nuestros ascéticos para corregir y refrenar la sensualidad, la gula y la lujuria, los vicios de la lengua, ira y odio, envidia, avaricia, soberbia, hipocresía y vanidad. Y remontándose luego las almas, así purgadas por la penitencia, hasta las cimas de la vía unitiva, logran escalar las místicas moradas de la paciencia en las adversidades, de la gratitud a los beneficios divinos, del temor y la esperanza, la pobreza voluntaria, la austera renuncia del mundo, la abnegación de la voluntad y el amor divino.

Cierto que tan excelsas virtudes cristianas no son en el Islam, repitámoslo, patrimonio de todos, ni siquiera tampoco de los más; pero esto mismo ocurre entre nosotros, sin que ello menoscabe en un ápice la perfección del cristianismo. Es más, la santidad de esas almas escogidas, inasequible para la masa del pueblo fiel, ejerce sobre éste, por su misma sublimidad, la atracción irresistible de todo arquetipo señero, como modelo de la perfección relativa a que los más pueden y deben aspirar. Sólo así se explica que en un pueblo como el musulmán, al que por su poligamia y por su paraíso alcoránico se le tacha de sensual, se den ejemplos de virginidad y aun de castidad perpetua y perfecta, en nada disímiles del celibato católico. Y eso que todavía habríamos de hacer muy importantes salvedades en lo que atañe al prejuicio europeo sobre la poligamia islámica, la cual, si está efectivamente permitida por la ley religiosa, como también lo estuvo alguna vez entre los hebreos, carece de viabilidad para la vida normal y ordinaria de la masa del pueblo, porque razones ineludibles de índole económica hácenla asequible tan sólo a las personas de posición muy desahogada. Sólo el sultán, los altos dignatarios de la corte y algunos potentados pueden permitirse el lujo, caro en verdad, de varias esposas, a las que ha de tratar además el marido en pie de perfecta igualdad. En las clases media y proletaria, el dispendio que esto im-

plica hace prácticamente imposible la poligamia. De aquí que, fuera de los libros jurídicos en los que forzosamente se trata el tema de la poligamia por las complejas cuestiones y litigios a que da lugar, apenas si se le menta en los libros de moral y de ascética, escritos para el vulgo de los fieles. El *Ihyá*, de Algazel, por ejemplo, libro bien conocido de los alfaquíes de Marruecos, al tratar de la elección de estado, estudia con un criterio bien cristiano las ventajas e inconvenientes espirituales y temporales del matrimonio y del celibato, para concluir que este último es más perfecto que aquél, a pesar de que Mahoma fué polígamo y Jesús célibe; y cuando después analiza las cualidades y deberes de la esposa, con rasgos muy semejantes a los de la «Perfecta Casada» de Fr. Luis de León, habla siempre en el supuesto tácito de que ésta, la esposa, no comparte con otras el tálamo conyugal, reservando para un insignificante apéndice del tratado la hipótesis polígama. Mirada, pues, bajo este prisma la religión del Islam, bien se advierte, cuánto dista de la sensual utopía del amor libre, tan cara a los marxistas, y cuantos rasgos comunes ofrece con la casta doctrina del matrimonio cristiano. Otro síntoma, bien significativo, del respeto con que el Islam mira a la virtud de la castidad, nos lo ofrecían nuestros mismos soldados marroquíes, que apartaban la vista, con pudor no disimulado, de las láminas o fotograbados que reproducen desnudos más o menos indecorosos, hasta el punto de que en algunos hospitales de sangre se les ha visto desgarrar o arrancar las hojas de las revistas españolas que se ponían en manos de los convalecientes para su entretenimiento. Dígase francamente si, después de esto, puede tener algún valor o fundamento la calumniosa campaña que la prensa marxista emprendió desde el principio de la guerra, atribuyendo a nuestros soldados marroquíes salvajes violaciones de mujeres, que tanto distan del espíritu y de la letra de su ley religiosa, respetuosa como pocas con la santidad del tálamo conyugal y enemiga irreconciliable del adulterio, que el derecho islámico castiga con cruelísimas penas.

A la vista de tantas y tan estrechas coincidencias en el orden religioso, sin esfuerzo se comprende que los soldados marroquíes hayan visto en nuestra enconada lucha, algo semejante a una

guerra santa. Uno de nuestros cronistas en el frente de Madrid ponderaba el espectáculo sorprendente que presencié en el asalto de una trinchera roja por nuestros Regulares: uno de éstos, esgrimiendo su granada de mano, intimaba a un marxista a que se rindiera gritándole, en un castellano esquemático, pero bien expresivo: «¡Tú no estar de Mahoma! ¡Tú no estar de derechas!». Fórmula que, en verdad, sintetiza el alcance de la pasada contienda, en la cual se ventiló, para los musulmanes como para nosotros, la suerte de los más preciados valores de su religión y de la nuestra: la fe en un solo Dios remunerador y en una vida futura, cuya existencia niega el ateísmo marxista; una moral religiosa, austera y altruísta, hecha de sacrificios y abnegaciones, frente al egoísmo materialista que late bajo la falaz careta del comunismo, que si niega la propiedad individual, es tan sólo la del prójimo, y si proclama el amor libre, es para eludir las privaciones y cargas de la familia y saciar así mejor los groseros apetitos de la bestia infrahumana. Por algo decía, ya hace diez siglos, Ibn Hazm de Córdoba, en sus *Confesiones*: «Fíate del hombre religioso, aunque profese religión distinta de la tuya; pero no te fíes del hombre que carezca de religión.» Y eso justamente eran los marxistas para los marroquíes que lucharon a nuestro lado: hombres irreligiosos, o como ellos mismos los califican en su lengua: *Keláb be-lá-din*, «perros sin religión».

Lucharon además los Regulares al lado de los defensores de la civilización occidental y de la España tradicional, las cuales tanto deben a la cultura hispano-árabe, cuyo legado conservan, como nosotros, los musulmanes de Marruecos. Porque éstos, no son hermanos nuestros tan sólo bajo el aspecto religioso, sino también bajo otros vitales aspectos de la cultura humana.

La oposición entre oriente y occidente, tópico resobado hasta no hace mucho, va esfumándose ya y aún se disipa del todo, cuando se advierte que, durante la Edad Media, formóse en las tierras mediterráneas un tipo común de civilización, al ponerse en contacto con la Europa cristiana el Islam naciente; éste y aquélla habían heredado separadamente el patrimonio cultural de la ciencia, del arte y de la literatura del mundo clásico; pero el Islam gozó de un doble privilegio: primero, que la hi-

juela de su herencia clásica fué más cuantiosa y comenzó a disfrutarla plenamente mucho antes que Europa, sumida ésta durante largos siglos en la incultura que trajo consigo la invasión de los bárbaros; pero, además, el Islam recibió su hijuela clásica, acrecida con las aportaciones culturales de otros pueblos de oriente, Persia, Siria, Egipto e India, extraños, hasta el siglo XIX, a la Europa occidental.

Esta cultura islámica, peregrina mixtura de clasicismo y de orientalismo, fué pronto asimilada por la Europa occidental, gracias, singularmente, a España, en cuyo suelo ocho siglos de convivencia entre el Islam y el cristianismo permitieron, más que en otros pueblos mediterráneos, conocer a fondo e imitar los modelos islámicos en la lengua, en la literatura, en las ciencias y en las artes.

La lengua española atesora, en efecto, un copioso caudal de voces árabes, familiares al oído marroquí y pertenecientes, así al léxico de la conversación ordinaria, como al de la toponimia. Los objetos y utensilios de la vida diaria, las herramientas e instrumentos de muchas artes e industrias, los nombres de aldeas, pueblos, ciudades, ríos y montes, se expresan en nuestra lengua con voces calcadas del árabe vulgar español, gemelo del marroquí.

Los más profundos pensadores de la España medieval, el zaragozano Avempace, el guadijeño Abentofail, el cordobés Averroes, fueron marroquíes por residencia, tanto como españoles por su cuna; y así, la gloria internacional que con su ciencia conquistaron para nuestra patria, recae también sobre el Magreb. Dígase lo propio de otra pléyade numerosa de hombres de ciencia hispano-musulmanes que a ambos lados del Estrecho cultivaron con éxito las varias disciplinas de la enciclopedia medieval, la medicina, la astronomía, la agronomía, la botánica, la física y la alquimia, enriqueciendo con sus descubrimientos el patrimonio de la cultura occidental.

En las artes bellas, singularmente en la arquitectura, en la música y en la literatura, los marroquíes se tienen que sentir hermanos nuestros, más todavía que en la abstrusa esfera de las ciencias. Al contemplar los maravillosos monumentos que nos legaron los alarifes hispano-árabes, no podrán menos de adver-

tir en muchos de ellos la semejanza de traza, de estilo y aún de mera ornamentación, que los emparenta con las mezquitas, alminares y palacios de Marruecos, como alzados que fueron por unos mismos arquitectos, a ambos lados del Estrecho. Así, la esbelta Giralda sevillana se ofrece a sus ojos como hermana gemela de la torre de Hasan, en Rabat, o de la Kutubía en Marrakes; en la Alhambra admirarán el modelo insuperable de los sutiles y complicados adornos que embellecen los suntuosos palacios y aún las modestas moradas de su tierra; en el Alcázar de Sevilla, por fin, o en las iglesias mudéjares, verán combinarse armoniosamente los dos artes, el hispano-árabe y el cristiano, como símbolo y cifra plástica de la conciliación de ambas civilizaciones hermanas. Oirán asimismo las canciones populares que sus compañeros de armas, en los ocios del campamento, o los labriegos castellanos y andaluces, en sus faenas, entonan, y advertirán con asombro que sus geométricos ritmos y aún sus pegadizas melodías conservan todavía cierto sorprendente parecido con la arcaica música andalusí con que en Tetuán y Larache se festejan las bodas y otros regocijos familiares. Y aquéllos de nuestros Regulares que posean ya un dominio relativo de la lengua castellana, indispensable para leer de corrido las obras clásicas de nuestra literatura, encontrarán en ellas imitaciones flagrantes o, al menos, influencias indiscutibles de las obras maestras de la literatura árabe: en la didáctica, en la novelística, en la poesía épica y en la lírica, estudios recientes de arabistas españoles y extranjeros han puesto, efectivamente, de relieve cuanto deben nuestras letras medievales y las de toda Europa a los modelos arábigos, orientales y andaluces: Alfonso el Sabio, en sus *Cantigas*; el Infante D. Juan Manuel, en su *Conde Lucanor*; Pedro Alfonso, en su *Disciplina Clericalis*; Turmeda, en su *Disputa del asno*; Lope, en *La doncella Teodor*; Calderón, en *La vida es sueño*; Cervantes, en *El viejo celoso*, y aún en episodios sueltos del *Quijote*; Gracián, en su *Criticón*, y hasta Dante, en su *Divina Comedia*, tomaron por fuente de inspiración, unos, e imitaron francamente, otros, los cuentos, las tradiciones y las sentencias morales de los árabes; y aun las más típicas modalidades de su poesía popular, con el sistema estrófico de sus rimas pasaron a la lírica española y europea.

Ante todas estas características culturales, comunes al marroquí y al español, la hipótesis, tímidamente insinuada al principio, parece que se convierte en verdad demostrada. Bajo la áspera corteza de esos rudos y valientes soldados marroquíes palpita un corazón gemelo del español, que rinde culto a unos ideales ultraterrenos, no muy dispares de los nuestros, y que siente las vivas emociones religiosas que nosotros sentimos, porque profesa muchos de los dogmas cristianos que nosotros profesamos y que el marxismo ateo repudia y persigue con ensañamiento.

«Por Dios y por España luchamos.» Este fué el grito que un sargento de Regulares lanzó en la plaza de Burgos, al terminar una de sus patrióticas arengas el Generalísimo Franco. En ese grito se cifraba, efectivamente, el pensar y el sentir, tanto de nuestras huestes marroquíes, como de nuestras milicias regulares y voluntarias. Unas y otras eran el pueblo levantado en armas para defender su común fe en Dios y en España, que también es para nuestros Regulares patria de adopción. La psicología de éstos, mixta de ingenuo infantilismo y de astucia cazarra, de tosquedad exterior y de bondad de corazón, es pareja, en muchos de sus rasgos, de la del campesino español. No en vano una misma cultura ancestral ha dejado en el alma de la común raza hispana, a que ellos y nosotros pertenecemos, su sedimento subconsciente. A sus antepasados moriscos, en vísperas de su expulsión, Lope de Vega les atribuía esa profunda convicción de comulgar dentro de la unidad nacional. En una de sus comedias, tras de hacer este sobrio elogio de los grandes médicos hispano-musulmanes :

«Que lo que es la medicina
moros la supieron bien»,

concluye con este rotundo epifonema :

«Si eran de España, también
a España ese honor se inclina.»

Pensamiento que repite con mayor claridad todavía un refundidor de Lope, el poeta granadino Cubillo de Aragón, al

poner en boca del alcaide moro Aben Yusef esta categórica aserción :

«También los moros de España
somos, Bernardo, españoles.»

Y, en fin, por si algo faltase para sellar esta hermandad espiritual, con su sangre y su heroico esfuerzo han conquistado los soldados marroquíes el derecho de ciudadanía. Porque España no puede tardar a reconocerles el título de españoles, elevándolos de su condición actual de protegidos a la de ciudadanos de la misma patria, una e indivisible, con los mismos derechos políticos de las demás regiones españolas. Sería ésta la mínima recompensa que la patria podría otorgar a quienes lucharon a nuestro lado contra los malos españoles que intentaban desgarrarla en minúsculas taifas y someterla al yugo extranjero del bolchevismo. La magnánima generosidad del sacrificio de los Regulares en pro de nuestra causa es difícil de superar, y contrasta de modo bien palmario con el mezquino egoísmo de los separatistas catalanes y vascos. Invocaban éstos, para sus reivindicaciones, ridículos «hechos diferenciales», cuya insignificancia salta más a la vista, cuando se los compara con los que pudieran invocar nuestros soldados musulmanes. Olvidaron, en cambio, éstos las reales diferencias políticas y religiosas que de nosotros los separaron antaño y se nos han unido hoy contra el enemigo común de su cultura y de la nuestra.

A borrar esas diferencias, o por lo menos atenuarlas progresivamente, debe aspirar la nueva España, para responder dignamente al generoso gesto de los Regulares. Es preciso, además, que cada día se vayan convenciendo éstos de la hermandad espiritual que con nosotros les une, y que procuremos para ello enraizar en sus conciencias ese sentimiento de fraternidad, por medio de la instrucción y de la tolerancia. La instrucción, para levantar el nivel de su cultura científica, técnica y literaria desde el estado medieval en que hoy se halla, hasta lograr que los más aptos se asimilen la cultura europea moderna, pero sin menoscabo de las características esenciales de sus tradiciones y de su historia. Hay que tender a que, en un porvenir más o menos próximo, los marroquíes cultos de nuestra Zona se hagan aptos para el des-

empeño de los cargos directivos, así en la administración como en la técnica, bajo la cariñosa tutela de sus hermanos mayores. Para ello habrá que intensificar la política de atracción de los jóvenes marroquíes a la metrópoli, creando en Marruecos más escuelas hispano-musulmanas, perfeccionando las que ya existen y, sobre todo, subvencionando con becas a los mejor dotados, para que en los Institutos, Universidades y Escuelas especiales de la Península adquieran la cultura propia de las carreras y profesiones liberales que les habiliten para el ejercicio de aquellos cargos directivos en la Zona. La convivencia con los estudiantes españoles ayudará a intensificar y acendrar en sus almas el espíritu de confraternidad, a la vez que se asimilen nuestra cultura. Mas para ello convendrá que los centros urbanos en que residan no sean las más populosas capitales, en las que la cultura de la España tradicional ha sido casi absorbida por esa pseudocivilización europea y cosmopolita del *bar* y del *fox-trot* yanqui o del *cabaret* francés, sino más bien en alguna de esas ciudades provincianas, propicias al recogimiento y al estudio, que además despierten, por sus monumentos y ambiente medieval, el recuerdo de nuestras tradiciones, al par que el de la cultura hispano-árabe. Granada, con su escuela de estudios árabes, instalada en la morisca Casa del Chapiz y dispuesta ya para residencia de estudiantes marroquíes, podría llenar a maravilla este fin cultural, siempre que los encargados de regir tal centro acertasen a adaptarse a la mentalidad musulmana de sus pupilos, sin herir y ni aún siquiera rozar superficialmente sus sentimientos religiosos, sino, antes bien, dándoles toda clase de facilidades para la práctica de su culto. Porque la tolerancia ha de ser la otra norma, indispensable a la eficacia de aquella mutua hermandad que hemos de fomentar en el alma de los indígenas de nuestra Zona. Ella es, la tolerancia digo, el postulado esencial de la caridad cristiana y la base más sólida de toda apologética y de toda catequesis. La intolerancia siembra la mutua incomprensión, porque acentúa las diferencias entre las almas, alejando cada vez más la perspectiva del mutuo acuerdo y haciendo así imposible la convicción del propio error y la admisión de la verdad de nuestro prójimo. Tal ha sido, además, la táctica preconizada por los Papas como única eficaz para

la difícil conversión de los musulmanes: poner al principio el acento sobre los muchos artículos de su fe que son idénticos a los nuestros, en vez de subrayar las diferencias dogmáticas que de ellos nos separan, esperando, después, de la gracia de Dios que poco a poco éstas se vayan fundiendo al calor de la caridad con que el catecúmeno se sienta tratado. Así, además, ofrecéremos a los musulmanes la más palmaria demostración del hondo abismo que a los católicos españoles nos separa de los marxistas, cuya hostilidad e intolerancia para con toda fe religiosa y para con todo culto, el islámico y el cristiano, conocen aquéllos perfectamente. Y, en fin, la más autorizada voz, la del Jefe del Estado, nuestro Generalísimo Franco, así lo ha proclamado solemnemente, en una alocución dirigida por radio al mundo entero, sobre las bases futuras de la nueva España:

«En el orden religioso, a la persecución empeñada de los marxistas y comunistas a cuanto representase la existencia de una espiritualidad, de una fe o de un culto, oponemos nosotros el sentimiento de una España católica, con su caridad cristiana, con aquel gran espíritu comprensivo que hizo que en los siglos de oro de nuestra historia, cuando un catolicismo vigoroso y sentido era el alma de la reconstrucción de nuestra unidad histórica, vivían bajo la tutela tolerante del Estado Católico las mezquitas y las sinagogas, acogidas al espíritu comprensivo de la España católica.»

MIGUEL ASÍN PALACIOS

Miguel Asín Palacios, *Por qué lucharon a nuestro lado los musulmanes marroquíes*, estratto da «Boletín de la Universidad Central», Madrid, 1940.